

borrado de la lista de los pueblos el nombre de Cartago. Pero la empresa era difícil y larga; otros se aprovecharían de sus trabajos: ya uno de los cónsules del año 202, Tiberio Claudio Nerón, se preparaba á dar el último golpe al enemigo hereditario. Escipión se resolvió á tratar: acaso también más nobles pensamientos ocupaban aquella grande alma. Desde que Cartago no era ya de temer, venía á ser inútil. Mientras vivieran Aníbal y Cartago, no podía abandonarse Roma á la peligrosa embriaguez de la victoria: necesitaba conservar sus costumbres, su disciplina, su valor enfrente de un peligro que podía renacer un día ú otro. Esta política fué, según Apiano, la de los Escipiones, y la debían sin duda al jefe de su casa.

Escipión ajustó primero un armisticio de tres meses que Cartago pagó entregándole 25,000 libras de plata y comprometiéndose á suministrar, durante toda la tregua, los víveres y haberes necesarios para el ejército romano. En Roma, obligó el pueblo al senado á dejar al vencedor de Zama el honor de terminar esta guerra, y solamente se le enviaron diez comisarios para que le ayudaran con sus consejos. Escipión no pidió la extradición de Aníbal; y fijó las condiciones siguientes: Cartago conservará sus leyes y lo que posee en Africa; entregará los prisioneros, los trásfugas, todos sus navíos, excepto diez, todos sus elefantes sin poder domar otros en adelante, ni reclutar mercenarios; pagará 10,000 talentos de plata en 50 años; entregará cien rehenes de 14 á 30 años; indemnizará á Masinisa y lo recibirá como aliado (1).

En Cartago un senador se atrevió á hablar contra estas condiciones, y Aníbal lo arrancó de la tribuna. Como se murmurara ante esta violencia, contestó el rudo soldado: «He vivido siempre en los campamentos é ignoro vuestras costumbres urbanas.» Después probó la necesidad de someterse. Los embajadores partieron luego para Roma. «Si se nos hubiera querido escuchar á Hannón y á mí, decía uno de ellos, no estaríamos aquí ahora implorando vuestra clemencia, — ¿Por qué dioses juráis este tratado? preguntó un senador — Por los que han castigado tan cruelmente nuestro perjurio, contestó Asdrúbal.»

El senado aceptó las condiciones suscritas por Escipión y ordenó á dos feciales que fueran al Africa con las piedras santas, las verbenas y la hierba sagrada que se cría en el Capitolio. Escipión recibió 4,000 prisioneros, muchos trásfugas, que perecieron bajo el hacha ó en cruz, suplicio inusitado hasta entonces entre los romanos, pero ordinario en Cartago y en Oriente. Se le entregaron 500 barcos, que hizo quemar en alta mar, á vista de Cartago, dando á entender así que Roma no quería para sí aquel poderío marítimo que acababa de destruir. El tributo fué lo último que se le entregó; y viendo el dolor de los cartagineses al separarse de su dinero, Aníbal se echó á reír. «Cuando entregabais los

(1) Polib., XV, 18; Tito Livio, XXX, 36. Cuando trajeron á Roma el primer plazo del tributo, procuraron pagar en moneda falsa, pues sus monedas tenían un cuarto de liga. (Tito Livio, XXXII, 2.)

barcos y las armas, dijo, era la ocasión de llorar; el menor de los males es el que os cuesta más lágrimas.»

Cartago estaba desarmada: para que no pudiera levantarse puso Escipión á su lado un enemigo infatigable, á Masinisa, á quien en presencia de sus tropas dió el título de rey, con los Estados de sus padres, la ciudad fuerte de Cirta y una parte del reino de Sifax; pero el resto le fué devuelto á Vermina, para que la vecindad de este mortal enemigo obligara más y más á Masinisa á ser fiel á su alianza.

Arregladas así las cosas en Africa, volvió Escipión á Libia y desde allí envió su ejército á Roma á bordo de la flota: él fué por tierra atravesando toda la Italia, en medio de un inmenso concurso de pueblos, como para borrar la vergüenza de todos aquellos campos de batalla, presentándose como el vencedor de Aníbal. Su entrada en Roma fué el triunfo más espléndido. Traía al tesoro 123,000 libras de plata, habiendo recibido ya cada soldado de su ejército 400 ases. Sifax seguía el carro triunfal (2) y era el primer rey condenado á esta vergüenza. Pero muy luego Perseo y Jugurta pasaron por esta dolorosa vía, que era triunfal para Roma, y después el Vercingetorix galo, Yuba, y la hija de los Tolemeos, y la reina de Palmira!...

Duilio no había tenido más que una inscripción en una columna rostral; Escipión recibió el glorioso nombre de *Africano* y se ordenó por un plebiscito que se colocara su estatua en el templo de Júpiter con la túnica triunfal y la corona de laurel, y que todos los años en igual día se sacara solemnemente para un nuevo triunfo. A estos honores casi divinos, se quiso añadir el poder, y en el delirio ó embriaguez de su gratitud, todavía hubo de ofrecerle el pueblo el consulado y hasta la dictadura perpetua (3).

Aquel pueblo era injusto para consigo mismo: el verdadero vencedor en aquella formidable lucha, era él. Desde los primeros días lo habían abandonado los dioses, y muy pronto veremos cuán amargo recuerdo guardó de ello. Pero él no se abandonó, y fué para sí mismo su providencia, y se salvó por la prudencia en el consejo, por la disciplina en la acción, por la constancia en el sacrificio; y estas viriles virtudes lo hicieron más grande que Aníbal, más feliz que Escipión.

Sin embargo, la multitud tiene necesidad de personificar la fortuna en un hombre. Para honrar al que había vencido á última hora, olvidaba Roma sus leyes; ofrecía á Escipión lo que dejará tomar á César, síntoma grave de un nuevo estado de los espíritus que presagia grandes revoluciones interiores. Y es que la victoria de Zama no acababa únicamente la segunda guerra púnica; comenzaba también la conquista del mundo.

(2) Según Tito Livio, contradicho por Polibio, que debía estar mejor informado, Sifax había muerto en su prisión antes del triunfo. Polibio lo hace morir en Tibur cinco años después. Los veteranos de Escipión recibieron tierras en Lucania y en Apulia.

(3) Tito Livio, XXXVIII, 56... *perpetuum consulem et dictatorem.*

## QUINTO PERIODO

### CONQUISTA DEL MUNDO (201-153)

#### CAPITULO XXVI

##### ESTADO DEL MUNDO ANTIGUO HACIA EL AÑO 200

###### I. — ITALIA. — AFRICA. — SIRIA. — EGIPTO

«Y yo también, dice el historiador, yo también me congratulo de haber llegado al fin de la guerra púnica, como si personalmente hubiera tomado parte en sus peligros y fatigas. Pero el porvenir asombra mi espíritu. Soy como un hombre que de los parajes inmediatos á la playa descendiera á pie á la mar; cuanto más avanzo tanto más veo abrirse ante mí vastas profundidades y un abismo sin fondo.» Detrás de Aníbal veía Tito Livio á Filipo, á Antíoco, á Viriato, á los reyes de Ponto y de Numidia y la grande y noble figura del Vercingetorix galo; detrás de la segunda guerra púnica, tan sencilla en su historia, como grande en su concepción y en sus resultados, veía siglo y medio de combates, de intrigas vergonzosas, de reveses y triunfos en los tres continentes, y sentía apartarse de los buenos tiempos de la república para entrar en aquellas guerras sin fin que agotaron su población militar, trocaron á los grandes en opresores, á los pequeños en serviles é hicieron de la libertad una mentira.

Diez y seis años de devastaciones y mortíferas batallas habían empobrecido la península y diezmando su población; pero las heridas de la guerra se cierran pronto en el pueblo victorioso. El año 206, después de la batalla del Metauro, llamó el senado á los labradores al campo, disminuyendo el efectivo de los ejércitos á trueque de dar más brazos á la agricultura: colonias enviadas á la Campania y al Brucio y reparticiones de tierras entre los veteranos de Escipión (1) en la Lucania y la Pulla hubieron de repoblar las soledades hechas por la guerra (2); tierras cedidas también á los acreedores del Estado habían extinguido las deudas de la segunda guerra púnica y dejado libres para nuevas empresas todos los recursos del tesoro (3). Con la paz iba á ver Italia

(1) Dos arpentas por cada año de guerra en España y en Africa. Se ha hablado de otras reparticiones á los veteranos de las guerras de España, de Sicilia y de Cerdeña. (Tito Livio, XXXII, 21.)

(2) Formáronse estas colonias á expensas de los aliados de Aníbal. Los brucios, los lucanos y los picentinos no se emplearon ya sino como sirvientes, correos ó mensajeros (Aulo Gelio, X, 12 y 13; Estrabón, V, 251). El dictador Galba pasó todo el tiempo de su cargo recorriendo la Italia para arreglar la suerte de las ciudades.

(3) Estas tierras quedaron afectas al impuesto de un as en señal y reconocimiento de pertenecer al dominio público y ser redimibles por el tesoro.

renacer su prosperidad y sus ciudades comerciales á heredar el comercio de Cartago. La mar era libre: hasta las columnas de Hércules no había más que pueblos aliados ó súbditos, y las guerras de Iliria y Macedonia habían abierto á los negociantes italianos los mares de la Grecia.

Ningún peligro parecía amenazar el porvenir: la dominación romana había salido más fuerte de la terrible prueba de la segunda guerra púnica, y todos los pueblos convertían ansiosamente los ojos á un poder tan fuerte y temido. «¿Creéis que Cartago ó Roma se contentarán, después de la victoria, con Italia y Sicilia?» decía en medio de la lucha un orador de la Grecia. Sus temores eran legítimos, porque Roma tenía inmensa ambición y medios para satisfacerla. Sus generales formados en la escuela de Aníbal y hechos por él mismo á la gran guerra; sus soldados cuyo valor y disciplina tantas veces hemos elogiado, no tenían rivales en el mundo; ni asamblea ninguna podía competir en habilidad política con el senado romano. Pero lo que más bien que sus soldados y caudillos hacía la fuerza de los romanos era la flaqueza de los demás pueblos.

En cuanto al Africa, no tienen más que dejar hervir el odio celoso de Masinisa y nunca se levantará de Zama Cartago.

En España, muy pronto tendrán que combatir las legiones á sus antiguos aliados; pero esta guerra contra pueblos que deben su fuerza al suelo que los mantiene y protege, no será, durante tres cuartos de siglo, más que una ruda escuela para los soldados, un medio de fortuna para los generales, y para los senadores, un pretexto para mantener el estado militar de la república, disponer de los mandos lucrativos y retener en los ejércitos á los más turbulentos plebeyos. Nunca, por más que se diga de Numancia y de Viriato, será un grave peligro para Roma.

Por lo que hace á la Galia, Roma se acuerda demasiado de los tumultos gálicos para arriesgar su fortuna en aquel bárbaro y tremendo caos. Por esta parte, se mantendrá siglo y medio en una prudente defensiva.

La Germania no está todavía descubierta: son sobrado altos los Alpes para que el senado haya mirado por encima. Quedan los cisalpinos, peligro serio en verdad, aunque los temores de Roma lo exageran, guerra laboriosa é ingrata que gastará cónsules y ejércitos, sin que se encuentren ocasiones de dar golpes decisivos, de ganar brillantes victorias

y obtener esos pretensivos dictados ó sobrenombres de que van á estar ahora tan ávidos los generales romanos. Al Sud como al Oeste y al Norte de la Italia, no hay nada grande que hacer, á lo menos por mucho tiempo. Así pues el senado aparta la vista de aquí para dirigirla al Oriente, donde hay vastas pero frágiles monarquías é inmensas y mal defendidas riquezas.

Todo el Oriente estaba cubierto de despojos del imperio de Alejandro: en Asia se contaban diez Estados formados á costa de los Seleucidas; en la Tracia, los pueblos habían restablecido á sus príncipes indígenas; Cirene se había separado de Egipto, que vino á ser, sin embargo, un reino floreciente bajo el cetro de los Tolomeos; en fin las ciudades griegas, esparcidas en las costas, se repartían entre estos reyes, ó defendían contra ellos su inútil libertad.

El reinado de los Seleucidas se extiende aún en un espacio inmenso, desde el Indo hasta el mar Egeo; pero en el interior, ninguna fuerza de cohesión, y á lo largo de las fronteras, que no defendían ríos ni montañas, muchos enemigos: al Sud los reyes

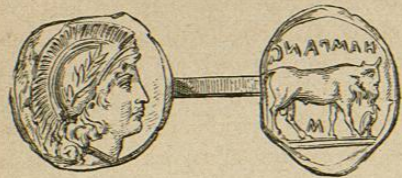
de Egipto; al Norte y al Este los bactrios y los partos, antiguos súbditos rebeldes y tanto más temibles. En el Asia menor, los gálatas eran peligrosos vecinos, y si los reyes de Pérgamo sólo disponían de fuerzas insignificantes, la mano de Roma que los sostenía, los hacía respetables.

Dos de estos reyes pergamanos, Atalo y Eumenes, iban á hacer, para Roma, el papel de los etolios en la Grecia, de Masinisa en Africa, de Marsella en la Galia. A pesar de este cerco de enemigos, á pesar de los graves inconvenientes de la situación geográfica del imperio de los Seleucidas, larga y estrecha línea que se podía cortar por cien partes, nada se había hecho para ligar los pueblos á la causa de sus amos. Ultimamente dos sátrapas, Molón y Aqueos, habían podido, el uno separar del imperio las provincias transtigritanas, el otro hacerse independiente en el Asia menor, y los Tolomeos habían conquistado la Siria.

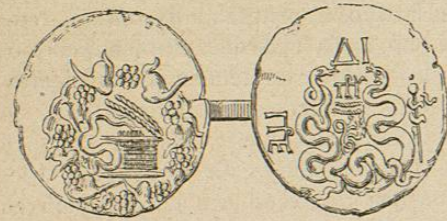
(1) Anverso: cabeza de Minerva con casco laureado; reverso: KAMIANO, en griego retrógrado; un toro con cabeza humana y una cigüeña. Moneda de plata.

(2) Cisto místico, donde se enlaza una serpiente con una corona de pámpanos y hiedra. En el reverso ΠΕΡ, primeras letras del nombre de Pérgamo, ΔΙ, un monograma, dos serpientes y un tirso. Tetradracma cistófora de Pérgamo.

(3) Cabeza de hombre joven. En el reverso ΑΙΤΩΛΩΝ, y las letras ΝΙ, principio de un nombre de magistrado. Joven apoyado en un palo nudoso, con una espada bajo el brazo y el pie sobre una roca. Didracma de los etolios.



Moneda de Campania (1)



Moneda de Pérgamo (2)



Moneda de los etolios (3)

Antíoco III, es verdad, venció á Molón y á Aqueos, rechazó á los egipcios más allá de Pelusio, sometió á Esmirna, espantó á los árabes y trajo de su expedición á la Bactriana y á la India ciento cincuenta elefantes de guerra. Ya amenazaba á la Tracia; se unía á Filipo de Macedonia para compartir la herencia que Tolomeo Filopator, rey de Egipto, había dejado á un niño, y deslumbrado por esta fortuna se hacía llamar Antíoco el Grande.

Pero ¡qué desesperadora flaqueza bajo este esplendor prestado! En Magnesia, sólo costará á los romanos cuatrocientos hombres empujar, como el viento empuja el polvo, el inmenso ejército de Antíoco. Y es que infieles al pensamiento del conquistador, todos sus sucesores permanecieron extranjeros para los pueblos del Asia: el mismo Antíoco injuriaba á sus dioses con frecuentes sacrilegios, sus usos é idiomas, con sus costumbres y lenguaje, la justa ambición de sus caudillos nacionales, con su predilección á los aventureros de raza helénica. La Grecia suministraba entonces mercenarios á todos los ejércitos, ministros, generales y cortesanos á todos los príncipes. No se hubiera encontrado entre los sátrapas de Antíoco un medo ni un persa, ni los indígenas eran llamados al servicio militar, sino en aquellos cuerpos ligeros que engrosaban inútilmente los ejércitos asiáticos. Griegos y descendientes de los macedonios formaban la falange; pero hartos sabidos es cuán pronto se enervan en Oriente los hombres de Europa. Después de todo, la falange, no por haber valido una vez, dejaba de ser en Asia un contrasentido militar.

A todas estas causas de flaqueza ha de añadirse todavía que no podía haber unión entre las dos grandes partes del imperio, el Este y el Oeste. Las conquistas de Alejandro y de Roma habían roto el equilibrio del mundo. En otro tiempo la civilización y el poder estaban en Asia; entonces Babilonia, Ecbatana y Persépolis se encontraban en el centro y dominaban fácilmente desde el Mediterráneo al Indo. Mas luego que la Europa se sustrajo á la barbarie y heredó



Tolomeo V, Epifanes (5)



Moneda de Lépido (6)

á las viejas sociedades orientales, las regiones situadas al Oeste del Eufrates, pobladas de ciudades nuevas, que tenían la lengua, las costumbres y las ideas de la Grecia, entraron en la esfera del movimiento europeo, mientras al Este del Tigris permanecían asiáticas. El Tigris y el Eufrates separaban pues dos civilizaciones, dos mundos. Los Seleucidas quisieron reunirlos y perecieron en la demanda: las provincias orientales volvieron á los partos y luego otra vez á los persas; las occidentales se sometieron al imperio de Roma

(4) De una tetrastatera del Gabinete de Francia.

(5) De una tetradracma del Gabinete de Francia.

(6) En el anverso, cabeza de mujer que representa á Alejandría, y en el reverso Lépido cunendo la diadema á la frente de Tolomeo V; en leyenda, su nombre con las palabras: Tutor regi.

y después al de Constantinopla, y esta separación ha durado hasta nuestros días.

Egipto tenía más unidad y en apariencia más fuerza, á lo menos para defenderse. Con el sepulcro de Alejandro guardaban los Tolomeos algunos de sus pensamientos, y para hacer de Egipto la mayor potencia comercial, le agregaron al Sud los países situados á lo largo del mar Rojo; al Norte Chipre, la Palestina y la Siria, la eterna y legítima ambición de todos los dominadores inteligentes de Egipto; muchas ciudades, en fin, en las costas del Asia menor y de la Tracia, y en las islas del mar Egeo.

Por desgracia, los Tolomeos que permanecieron griegos á orillas del Nilo, como los Seleucidas á orillas del Eufrates, no procuraron apoyarse en el sentimiento nacional: abandonaron las provincias, olvidaron sus viejas capitales, Tebas y Menfis (1), y todo lo que aquel Egipto helenizado tuvo de poder y vida se concentró en Alejandría, ciudad nueva situada casi fuera del país. Desde aquí veían mejor los negocios del Asia y de la Grecia. Preguntaba Alejandro después de cada victoria: «¿Y qué dicen los atenienses?» Sus generales, ya reyes, no podían acostumbrarse á la idea de que la Grecia fuese extranjera para ellos. Había, por otra parte, vencido tan fácilmente al Oriente, que á sus ojos no había fuerza más que en ella, y se cuidaban más de establecer en sus ciudades su influencia ó su poder, que adquirir provincias en otra parte: Arato y Cleómenes habían recibido ambos á dos oro egipcio para contrariar los proyectos de la Macedonia. Ni creyendo tampoco más que en el valor de los soldados griegos, confiaban los Tolomeos sus ejércitos y hasta su vida á mercenarios siempre dispuestos á la traición, como el etolio Teodoro, que vendió la Celesiria á Antíoco III, y el cretense Bolis, que enviado por Tolomeo IV al Asia menor para salvar á Aqueos, lo entregó él mismo al rey de Siria. Todo el Egipto estaba en Alejandría, y Alejandría como sus reyes, estaba á merced de los que Polibio llama macedonios. «Ante el estado de este país añade el mismo escritor, no queda más que decir con Homero: «Recorrer el Egipto, camino largo y difícil.»

La importancia que los Tolomeos daban á sus posesiones de ultramar, sus rivalidades con los reyes de Macedonia y de Siria y acaso el miedo á Cartago, cuya concurrencia comercial era temida en Alejandría, les hicieron entrar desde muy temprano en alianza con Roma. En 273 concluyó Filadelfo con la república un tratado, que aceptaron sus sucesores, y durante la segunda guerra púnica, Tolomeo IV envió trigo á Roma. Y en 201, era tal la intimidad de relaciones establecidas entre los dos gobiernos, que para poner fin á los disturbios del reino, se definió al senado romano la tutela de Tolomeo Epifanes, que apenas tenía diez años. Uno de ellos, Lépido, residió algún tiempo en Alejandría como tutor del rey.

## II. — LA GRECIA

Desde la guerra de Pirro seguía atentamente el senado las revoluciones de la Grecia. Hacía mucho tiempo que este bello país no tenía ya libertad ni fuerza: Atenas, Esparta y Tebas, que alternativamente habían dominado allí, se habían agotado por sostener una fortuna demasiado grande, y su

(1) Sólo ha de tomarse esto en sentido político, porque los Tolomeos levantaron numerosos templos y la población indígena no sufrió la influencia de sus nuevos señores. Así en su *Historia de Egipto* ha podido decir Champollion-Figeac (pág. 401): «En esta región nada era griego, ni la lengua, ni la religión, ni las costumbres, ni las opiniones, ni las preocupaciones. Bajo todos conceptos, Egipto quedó libre de la dominación macedonia.» No era sino más débil.

poder había pasado á pueblos semi-bárbaros. Por su unión con la Macedonia, la Grecia pareció temible, y lo que la democracia, tan fuerte para la resistencia como flaca para el ataque, no había podido hacer, lo hizo la monarquía: el imperio persa, apenas conmovido por Cimón y Agesilao, cayó bajo la mano de Alejandro. Las rivalidades y las guerras de los sucesores devolvieron á las ciudades griegas su independencia, pero no su antigua vitalidad. Durante estos pocos años de obediencia hubieron de perder toda energía y hasta el respeto de su pasada gloria. «Cuando los dioses hacen á un hombre esclavo, decían los antiguos, le quitan la mitad del corazón.» Hubieran podido decirlo de los Estados, lo mismo que de los individuos, porque la servidumbre como un día de verano que seca los ríos pobres, agota las fuentes de la vida en los Estados republicanos. En Queronea lucharon aun heroicamente los atenienses, y algunos años después, hubiera podido Demóstenes repetir á los tebanos, entre las ruinas de su ciudad, sus magnánimas palabras de consuelo: «No, no habéis flaqueado de valor corriendo á la muerte por la salud de la Grecia.» Pero ¿qué habían venido á ser aquellas dos repúblicas bajo la dominación macedónica? La una sólo admiraba al mundo por su servilismo; la otra por su degradación.

Los disturbios de la Macedonia, el abatimiento de las grandes ciudades, la torpeza política de Corinto y Argos dejaban la carrera libre en Grecia. Dos pueblos nuevos aparecieron entonces: los etolios y los aqueos, que hasta entonces habían permanecido ignorados en sus montañas ó en las estériles costas de la Egialea. Con esto, antes de acabar su existencia política, llamaba la Grecia al primer papel á los más oscuros de sus hijos. Pero el esplendor que difundieron en sus últimos días fué pasajero, como su poder. Ahora enemigos, ahora reunidos contra Macedonia, no hicieron más que aumentar el caos en que se perdían los últimos restos del patriotismo.

La Etolia estaba habitada por una raza de hombres en lucha con todos sus vecinos y viviendo sólo del pillaje. Adonde quiera que estallaba la guerra, como las aves de presa atraídas por el olor de la sangre, allí acudían á despojar amigos y enemigos. Y cuando se les hablaba de renunciar á esta costumbre salvaje, contestaban: «Más bien quitaríamos la Etolia de la Etolia que impedir á nuestros guerreros robar los despojos de los despojos.» Era esto peor que el derecho de fractura y ruina, y ellos lo ejercían á lo lejos, hasta el corazón del Peloponeso, de la Tesalia y del Epiro. En 218, su estrategia Dorimaco hubo de entrar á saco y destruir el más famoso templo de la Grecia, después de Delfos, el templo de Dodona, que no se levantó ya nunca de este desastre (2).

La semblanza que hace Polibio de este pueblo no es lisonjera; pero el sabio Polibio era aqueo y del partido de los grandes, es decir, enemigo mortal de los etolios, que se apoyaban en el partido popular. Puede pues creerse, sin calumniarlo, que los pintó en caricatura. Tenían, sin embargo, una cualidad que en aquel tiempo no era común en Grecia: eran bravos, pues se atrevieron á resistir á Macedonia, á Roma, á los galos, y supieron ser poderosos.

La liga etolia, más fuertemente organizada que ninguna otra lo fué en Grecia, subordinaba las ciudades á la asamblea general y por consiguiente, tenía á los confederados unidos por un lazo más estrecho. De aquí resultó para ella grande influencia al exterior, como quiera que su acción era

(2) Dodona estaba al pie del Tomaros, que es, después del Pindo, el monte más alto del bajo Epiro (2,000 metros). (Carapanos: *Dodona y sus ruinas*.) A Carapanos se debe el reciente descubrimiento de estas ruinas.